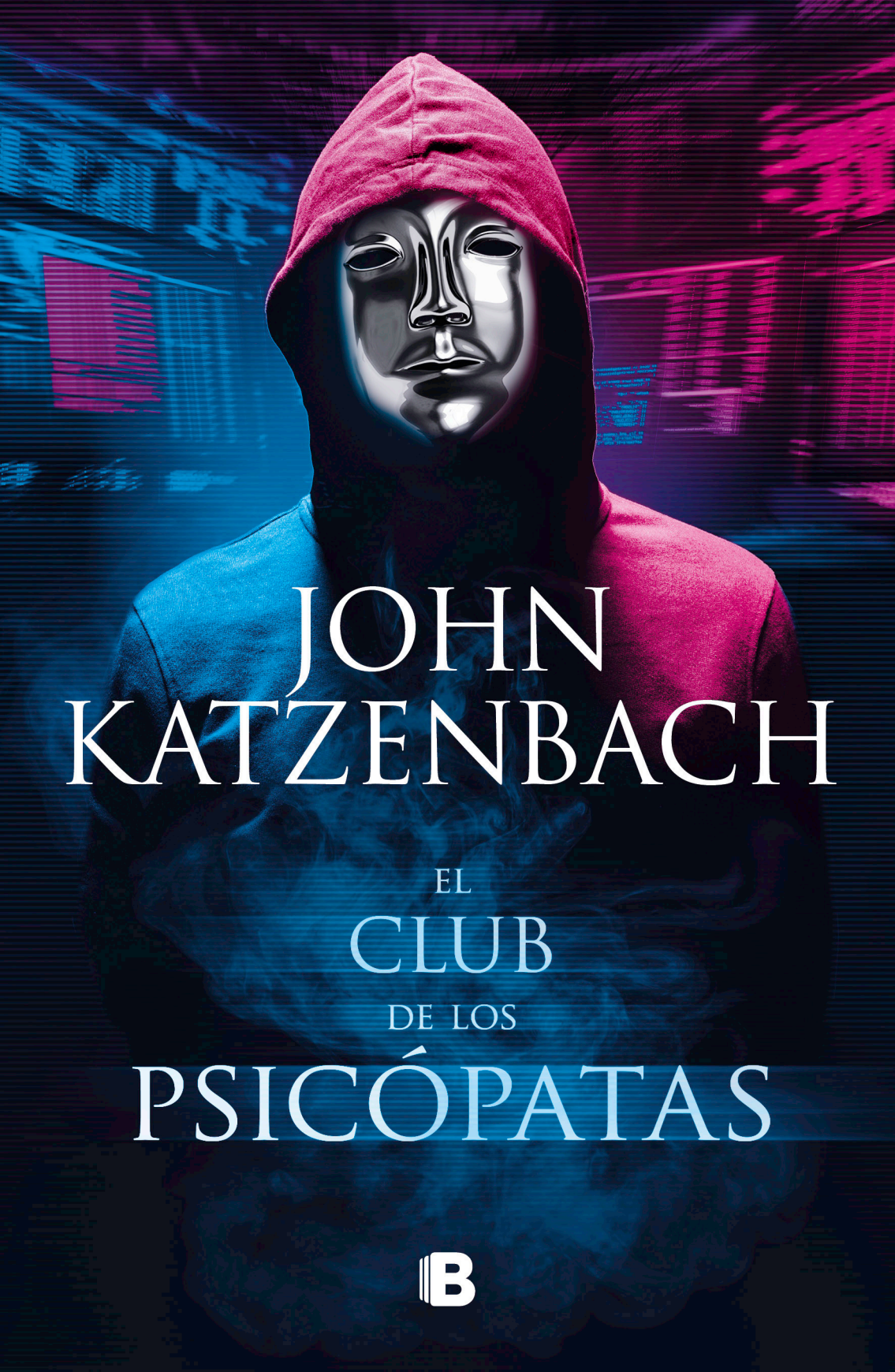




JOHN
KATZENBACH

EL
CLUB
DE LOS
PSICÓPATAS



EL CLUB DE LOS PSICÓPATAS

John Katzenbach

Traducción de Alejandra Ramos



Un lunes, 12:47 p.m., hora central europea...

El joven oficial a cargo de reconstruir los accidentes de tránsito en la pequeña ciudad francesa de Cressy-sur-Marne sentía un intenso odio hacia su trabajo, pero lo disimulaba con su acostumbrado comportamiento apacible. Era la primera misión que le asignaban desde que se unió a la fuerza, diecisiete meses atrás, y pensó que sería una manera rápida de impulsarse y dar el salto a otra división más interesante y agitada. Armas. Persecuciones automovilísticas. Esposas y enérgicos interrogatorios a criminales. Pero no. Ese era un empleo sin futuro, carente de todo, excepto: «Este vehículo viajaba en los carriles que van hacia el norte e ignoró un letrero de alto total. Chocó con el camión que pasaba hacia el este en la carretera 9. La medición de las marcas de derrape y la evaluación de las declaraciones de los testigos indican que el vehículo culpable se desplazaba a una velocidad mayor que la marcada en los postes...», etcétera, etcétera, etcétera *ad nauseam*.

Un accidente igual al siguiente.

Y cuando una colisión tenía como consecuencia heridas serias o fatalidades, lo cual habría sido más interesante, la investigación de seguimiento siempre se la asignaban a un oficial veterano.

Esta práctica lo frustraba en extremo.

Había pasado toda la mañana en el sitio de la colisión más reciente, equipado con una cinta métrica, tomando fotografías y tratando de no oír la indignación y las acusaciones que acompañaban a casi todos los siniestros viales: «¡Fue tu culpa!», «¡No, no lo fue! Si hubieras prestado atención...». Se preguntaba todo el tiempo cuándo podría hacer su transferencia de la división de tránsito a algo más emocionante, como narcóticos u homicidio, incluso robo u ofensas sexuales: *cualquier* sitio donde ya no tuviera que escuchar a gente mentir sobre luces rojas, luces verdes, señales de alto, rotondas y quién tenía la preferencia de paso. Para cuando recolectó todas las declaraciones y mediciones, y regresó a su escritorio, se le había ido medio día. Los otros miembros de la unidad salieron a almorzar, por lo que se encontraba solo en el pequeño laberinto de escritorios.

Encendió su computadora. Inició sesión.

Tenía la intención de subir sus fotografías y empezar a hacer los diagramas: la parte preliminar del reporte que se enviaría a las compañías de seguros.

Sin embargo, la bienvenida se la dio una fotografía del tamaño de la pantalla.

Estuvo a punto de caerse de la silla.

Un cadáver.

A todo color.

Sujetó con fuerza los bordes de su escritorio y se inclinó hacia el frente.

Una mujer joven. Más o menos de su edad.

Vio que le habían cortado la garganta.

Tenía los ojos abiertos. Mirando hacia el cielo. En blanco. Fríos. Una violenta muerte había remplazado el miedo en su rostro.

Joven.

Cabello oscuro. Ojos negros. Profundas manchas de sangre café rodeaban su cabeza hundida en la tierra arenosa.

Desnuda.

Le habían arrancado del cuerpo la ropa en tiras que luego dejaron en un montón junto a su torso.

Parecía estar en un campo terregoso. No podía ubicar el lugar. No se parecía a ningún sitio conocido.

En la parte inferior de la fotografía había algo escrito.

Se quedó mirando.

Árabe. Cirílico. Sánscrito. Y varios caracteres japoneses o chinos. Todos unidos formando una combinación de palabras indescifrables. Nada de francés. Ni siquiera algo de alemán o español que hubiera podido traducir con lo que recordaba de sus días en la escuela y de las clases de idiomas.

El joven oficial de tránsito observó la fotografía con detenimiento.

«Debe ser falsa —pensó—. Alguien me está jugando una broma, pero no es primero de abril.»

Parecía real.

Su primer reflejo fue tirarla al cesto de la basura. Eliminarla de su computadora. Retomar su trabajo.

No lo hizo. Con los ojos aún fijos en la imagen, abrió una ventana nueva en la pantalla e inició un programa de traducción. Modificó el teclado para pasarlo al árabe y tecleó los símbolos con dificultad. El resultado fue:

¿No desearías...

Pasó a cirílico; fue difícil en ese teclado, no estaba seguro de haber hecho el cambio de la manera correcta. La traducción apareció:

saber quién...

De inmediato cambió a sánscrito.

mató a la chica...

Le tomó algunos minutos descifrar que las palabras finales estaban en caracteres de chino mandarín. La traducción era:

y dónde murió?

El joven oficial tenía la boca seca. Sintió que su respiración se volvía más superficial. Nunca había sentido miedo en su trabajo y, en realidad, no creía estar espantado sino genuinamente perturbado.

Volvió a observar la fotografía. Era hábil en la informática, no un experto, pero sabía lo suficiente para no tardar en encontrar la dirección IP donde se había originado la imagen. Cuando vio que se había generado a través de la sección de *comentarios* de una influyente agencia italiana de relaciones públicas dedicada a varias causas e individuos, que incluían desde políticos africanos destituidos hasta obstinadas empresas petroleras que trataban de evitar su responsabilidad financiera por derrames marítimos; por segunda vez pensó que estaba siendo objeto de una elaborada broma.

No le parecía lógico.

Volvió a ver la imagen.

Estaba a punto de moverla a la papelerera de la computadora. Movié el cursor sobre ella, pero se detuvo. Bajó las manos poco a poco. «No seas estúpido. Alguien necesita enterarse de esto», pensó. Así que, en lugar de tirarla, levantó el auricular del teléfono sobre su escritorio y llamó a un detective de Crímenes Graves por la línea interna de las oficinas. Era un detective al que solamente había visto una o dos veces, pero esperaba que lo recordara.

—Sargento —le dijo al hombre que contestó su llamada, tratando de ocultar las dudas y el nerviosismo que contendían en su voz—, tengo algo que creo que usted debería ver.

Ese mismo lunes. Unas horas más tarde en una sala privada de chat electrónico...

Delta escribió:

Misión cumplida, como lo prometí. Y aquí hay un encabezado para nosotros: «Flics franceses fabulosamente fastidiados por fantástica fotografía».

Bravo y Easy teclearon de inmediato emojis de pulgares arriba. Sabían que *flics* era el término coloquial en Francia para referirse a los policías.

Delta continuó:

Tengo una pregunta para todos.

¿Alguien ha experimentado con las técnicas más recientes de impresión de huellas, en especial, con el levantamiento de muestras útiles de la piel muerta? ¿La Gestapo en verdad puede hacer eso?

Charlie respondió unos segundos después:

Posible, pero no probable. Todavía es muy ambiguo para los expertos en tecnología. Incluso para los del FBI, Interpol y Scotland Yard. A veces lo intentan, cuando se constata que a la víctima la sujetaron en un punto

fácil de identificar. Ha habido muy pocos positivos a lo largo de los años... pero todavía perseveran de vez en cuando. Revisen el arresto y acusación de Juan Carlos Ramírez en Madrid hace seis años. El idiota mató a su esposa, de quien estaba distanciado, y afirmó que el culpable había sido el amante, lo cual no explicaba por qué la huella de su dedo índice estaba en la garganta de ella. Es decir, ¿no era una maldita obviedad?

Los otros sabían que Charlie conocía la historia de los temas que les interesaban.

Bravo interrumpió poco después:

Buenas noches, Delta y los demás. Charlie está en lo correcto, sin lugar a dudas. Otro ejemplo de gente que piensa que la magia que hacen en programas de televisión como CSI es producto de la vida real y no de la imaginación de algún escritorzuelo tratando de hacer parecer a los miembros de la Gestapo como los expertos que no son. Sin embargo, si se usan guantes apropiados, se pueden eliminar hasta las posibilidades más remotas. Una advertencia: a veces, incluso los guantes quirúrgicos de la mejor calidad dejan huellas parciales porque son demasiado finos y los aceites corporales o el sudor pueden penetrar el látex. Lo recomendable es usar dos pares. O usar un segundo par de guantes de cuero sobre los de látex. Desháganse de ellos de la manera correcta después de usarlos. Lean el artículo publicado en *Journal of Forensic Research*, volumen 23, edición 8, de marzo del año pasado.

Bravo era el mejor de todos para leer y explicar reportes científicos. Los otros notaron que inició su comentario con «Buenas noches», pero estaban conscientes de que podría no ser de *noche* donde él se encontraba.

Easy dijo de inmediato:

No hay problema. Solo. No. Suden.

Era el más bromista del club.

Delta respondió al instante:

LOL. Ciertamente. Gracias a todos. Súper. Me perdí ese artículo. Por supuesto, me pierdo casi todos. Es mi culpa. ¿Qué haríamos sin Bravo y su voracidad como lector? En fin, como se mencionó, es un consejo genial.

Tal vez Delta era más joven que el resto, pero en lo personal varios tenían sus dudas. Y quizá había mentido cuando escribió: «Me perdí ese artículo», ya que con frecuencia sonaba más bien como un tipo estudioso. Le gustaba usar un lenguaje hasta cierto punto a la moda, sobre todo un habla coloquial estereotipada. Más de un miembro del club pensaba que había adoptado esta forma de hablar de Internet o de estudiar diálogos de novelas juveniles. Nadie nunca lo mencionó, pero uno o dos especulaban que podría ser maestro de preparatoria. En cualquier caso, reconocían que empleaba un lenguaje adolescente de forma aleatoria para ocultar su verdadera edad y por eso daban por hecho que su tono, y todas sus construcciones y matices, eran falsos. Nunca lo increparon por ello.

No había ninguna razón importante para hacerlo. Cada uno, a su estilo, tomaba medidas similares para ocultar quién era en realidad. Sabían que los otros habían hecho lo mismo, así que la situación estaba equilibrada. Además, disfrutaban de las cosas que hacía Delta cuando no estaba escribiendo *omg* o *wtf*. Había establecido un elevado nivel de logros en el campo de interés común y a todos les deleitaba la idea de ponerse a su altura.

Easy escribió:

Me gusta esa palabra: voracidad. Nos va bien, ¿no creen?

Delta envió el emoji de las manos aplaudiendo.

Entonces empezaron a despedirse:

Hasta pronto, muchachos. Debo irme. Necesito preparar el siguiente proyecto. Tal vez deba partir dentro de poco.

Bravo le advirtió:

Delta, recuerda que lo que a menudo hace tropezar a tipos como nosotros no es el planeamiento y la ejecución, sino la limpieza posterior.

Easy añadió:

Cierto.

Alpha, encargado de moderar el chat, habló por todos al escribir:

Ansioso de ver los resultados.

Era una tautología. No era necesario aclararlo. Como tampoco era necesario aclarar que cada uno estaba involucrado en su *proyecto* personal e igual de impaciente por presumirlo a los demás.

Delta respondió:

Pronto. Pronto, muchachos. Ustedes siempre me dicen que no debo precipitarme. Estoy tratando de hacer las cosas con calma.

Todos sabían que era cierto. No lo expresaban de forma abierta, pero opinaban que Delta solía abordar los proyectos con prisa y que era un poco impulsivo al tratar de satisfacer sus deseos.

Alpha continuó:

Bien. Excelente. Reunámonos todos en línea en dos días. Misma hora. Y, Delta, tal vez puedas compartir algunos detalles entonces.

Hubo una ráfaga de okeys.

Pero de pronto, antes de que pudieran salir y cerrar la sesión del chat electrónico, vieron un nuevo e inesperado mensaje en sus pantallas:

Socgoal02 se ha unido a la conversación.

Este nombre de usuario les era desconocido a todos. Hasta ese momento nadie había invadido su privacidad. Demasiadas capas de codificación. Sus conversaciones habían sido imaculadas desde que crearon la sala de chat. Los detalles se compartían y se ocultaban. Esta nueva presencia los perturbó a todos. Repentinos brotes de ansiedad ante la idea de verse expuestos. Ninguno era propenso al pánico, pero en ese instante los cinco empezaron a dar el clic electrónico para salir. Aunque no antes de ver:

Socgoal02 escribió:

¿Quiénes son, muchachos? ¿Son reales? Me parecen un montón de chiflados. Perturbados. Enfermos, enfermos, enfermos...

Dos años antes, Alpha se sintió sorprendido y complacido en igual medida cuando Bravo —el primero de lo que luego sería un grupo de cinco— respondió a su publicación inicial. No esperaba que le contestaran tan rápido, en especial, tomando en cuenta los *firewalls* que había instalado para garantizar un anonimato absoluto mientras conversaban en el sitio. Al principio, Alpha solo deseaba añadir algo a un blog personal, pero la necesariamente discreta naturaleza de su primera conversación en línea lo hizo cambiar de opinión muy pronto. Por eso creó por medios electrónicos la sala privada de chat e invitó a Bravo a que se uniera. En los meses siguientes se sumaron Charlie, Delta y Easy, quienes también respondieron de manera intrigante a aquella primera publicación de Alpha. No eran mafiosos ni novatos, pero eran inteligentes, sofisticados, elocuentes y jóvenes para ser asesinos. Alpha sería la *éminence grise* del grupo.

El límite fue cinco. Alpha creía que manejar a más sería difícil y los haría vulnerables. Después de sus primeras conversaciones tentativas por este medio electrónico, y de que los otros desplegaran sus *acreditaciones* para que él estuviera seguro de que ninguno era un ansioso y astuto detective en un país lejano o a la vuelta de la esquina en su propio vecindario, Alpha insistió en cerrar la participación con esas cinco identidades. Los hombres no tuvie-

ron inconveniente en respetar ese límite. El cinco, número non, les pareció peculiar y apropiado. Un equipo de baloncesto. Cercano, a pesar de que nunca se habían encontrado cara a cara, debido a la naturaleza de lo que compartían. Como sucedía en los grupos de apoyo para adictos o alcohólicos en recuperación, o para víctimas de crímenes, todos parecían poseer cualidades y experiencias que podían ayudar a los otros. Cada uno era capaz de responder a las distintas preguntas de carácter específico que surgían de vez en cuando. No tardaron mucho en creer que eran amigos o, al menos, una *especie* de amigos, ya que en su vida personal cada uno había usado los contactos sociales de manera diferente, con necesidades diversas y enfocándose en finalidades distintas. No estaban seguros del nombre de los otros ni de su edad ni ubicación. Solo de vez en cuando llegaban a relacionar algún impactante encabezado de los diarios o un desgarrador reporte noticioso en televisión con preguntas que se habían hecho en el club y eso les daba cierta idea. Hasta ese momento, nadie había tenido el mal gusto de preguntar respecto a estas conexiones. También preferían usar el inglés para comunicarse, nunca nadie preguntó si sería más fácil hacerlo en sueco, finlandés o japonés. En privado, sabían que todos eran estadounidenses porque las actividades cotidianas que decían realizar eran tan típicas como la tarta de manzana, el Cuatro de Julio y el Super Bowl. Incluso asesinar.

Esta secrecía absoluta era algo en lo que insistía Alpha, el más reflexivo e intelectual de los cinco, y era producto de su obsesiva necesidad personal de privacidad. En efecto, concebir el *Lugar especial de Jack* resultó para Alpha casi una indulgencia: era un diseño para poner a prueba sus propias habilidades en electrónica, su noción personal de la aventura y su abrumadora necesidad de sentir que todo el tiempo se estaba burlando de las autoridades. Estaba obsesionado con probar que, sin importar cuán inteligentes se creyeran los policías, nunca podrían rastrearlo a través de nada que hubiera escrito, dicho o mostrado. Demasiadas capas de identidades falsas. Demasiadas posibilidades matemáticas.

Alpha adoraba las computadoras.

También adoraba a Jack.

Sí, Jack. Por Jack el Destripador.

De ahí venía el nombre del club.

Se llamaban a sí mismos *Muchachos de Jack*.

Alpha creía que Jack era un perdurable ejemplo de alguien que había eludido y burlado a la policía. Fue tan exitoso en estas actividades que, más de cien años después, la gente aún seguía tratando de determinar su identidad y en Londres era posible hacer un tour guiado del Destripador. Los científicos y los detectives aficionados se hacían llamar *evisceratólogos* y se regodeaban en la especulación y la teoría, además de hacer análisis gramaticales de todas las frases sin excepción contenidas en los extensos reportes de Scotland Yard sobre el Destripador. En una ocasión, una famosa autora estadounidense de historias de detectives escribió todo un libro en el que afirmaba haber resuelto el misterio de la identidad de Jack, pero tras analizar a profundidad a su principal sospechoso, los detectives aficionados la desmintieron rápida y concienzudamente.

Alpha sabía que los otros cuatro miembros sentían el mismo tipo de conexión espiritual con Jack que él.

Y estaba en lo cierto. Al igual que al famoso Destripador, a Bravo, Charlie, Delta y Easy les gustaba correr riesgos en un ámbito en el que otros hombres con sus mismas peculiares tendencias privilegiaban el anonimato y trataban de dejar muy poco, o nada, al azar o al descubierto.

Aunque era una contradicción, a los cinco les gustaba el *azar*.

Además de diferenciarlos de la mayoría de las descripciones encontradas en los estudios académicos realizados sobre gente como ellos, esta cualidad habría confundido a cualquier analista del FBI.

La primera publicación de Alpha, lo que provocó la necesidad de crear la sala de chat, fue un modesto manifiesto titulado:

Por qué hago lo que hago

Un documento breve. Construido de forma minuciosa. Tres borradores escritos a mano antes de publicarlo. No era un tratado disperso sobre Dios, la naturaleza y el colapso del mundo en general, como el escrito por Ted Kaczynski. Alpha recordaba que hasta cierto punto al Unabomber lo identificaron porque, como había estudiado en Harvard, utilizó de forma correcta el punto y coma en sus escritos, y estos resultaron demasiado distintivos, personales y, por supuesto, reconocibles.

Bravo encontró la sección de comentarios al final del manifiesto y respondió:

Siento lo mismo.

Esa simple frase los unió. Motivó un ágil intercambio entre sus teclados y después se transformó en la sala de chat.

En sus escritos, Alpha usó el eufemismo *aquietar* en lugar de *matar*.

Como en: «lo que por fin acepté que deseaba hacer... No, más bien, lo que necesitaba hacer al cien por ciento, lo que se me exigía de manera absoluta que hiciera con mi vida, era *aquietar* a Molly. O a Sally. O... Necesitaba hacerlas completa, integral y enteramente mías. Y cuando lo fueron, empecé a transformarme en quien siempre debí ser».

Bravo subrayó esto y respondió:

Lo sé. Sientes una grandeza absoluta en tu interior. Está esperando surgir. La clave es descubrir la manera precisa de liberarla.

Aquietar fue el primer eufemismo que se adoptó en la sala de chat. En las subsecuentes semanas, durante las cuales Charlie, Delta y Easy se unieron, se llegó a un meditado acuerdo respecto a otros términos. *Adquirir* en lugar de *secuestrar*. En lugar de *tortura* usaron *importunar*. Y se refirieron a toda la policía —de los distraídos escuadrones rurales de fuerza menor, a las sofisticadas y súper competentes unidades en Nueva York, Roma, Tokio o Los Ángeles— como la *Gestapo*. Aunque siempre hablaban de

las técnicas de una manera oblicua, era un lenguaje que ellos podían entender al instante porque, a pesar de ser muy distintos, se reconocían como cortados con la misma tijera. Ninguno de los cinco era tan ingenuo como para creer que un experto en ciencias del comportamiento del FBI, una División Especial de Scotland Yard o sus contrapartes policíacas en París, Berlín, Madrid, Buenos Aires, Róterdam o Ciudad de México no reconocerían de inmediato la verdadera naturaleza de sus conversaciones. Sin embargo, su discurso era suficientemente inexacto para parecerle tedioso y aburrido a casi cualquier otra persona.

Lo que no resultaba aburrido eran las fotografías que publicaban de vez en cuando y que deleitaban a todos.

Una de las mayores alegrías que compartían era publicar sus propios ejercicios de fotografía especializada en los sitios de Internet de departamentos de policía elegidos al azar. *Estaciones de polis*, les llamaban. De la región del Ártico correspondiente a Alaska, a la salvaje pampa en la Patagonia. De Christchurch a Cantón. Al igual que el investigador de tránsito en Cressy-sur-Marne, una mañana del todo ordinaria un pobre policía en un departamento encendería la computadora de su oficina esperando encontrar otro día de aburridos reportes de incidentes triviales y vería un cuerpo empapado en sangre o un miembro cortado con un pie de foto que dijera:

¿Reconoces esto?

O:

Incluso mejor: ¿No te gustaría saber quién lo hizo?

Los textos estaban en varios idiomas. Japonés en una ocasión. Swahili. Árabe. Rara vez en inglés. Se tenía la precaución de que ciertas características no identificables aparecieran en todas las imágenes. A Alpha le agradaba que en lugar de solo hacerlo él, cinco pares de ojos examinaran las fotografías en busca de indicios delatores antes de enviarlas. Responsabilidad compartida.

Precisión compartida. En más de una ocasión habían vetado una imagen debido a que uno de los *Muchachos de Jack* notó que algo *podría* ser reconocible. Una planta de cierta especie al fondo. Una prenda distintiva. La ubicación de una herida. También se turnaban para hacer la publicación final. Nunca la realizaba el perpetrador. Se la pasaba a alguno de los otros después del análisis, pero todos disfrutaban de igual manera del acto y se deleitaban con la destreza informática de quien enviaba las imágenes.

En una ocasión, como parte de una broma, además de la fotografía de uno de los cadáveres de Charlie, Easy incluyó unas coordenadas de GPS en un país, pero las envió a una *estación de polis* en un continente distinto, a miles de kilómetros de distancia: a un segundo país que era enemigo político del primero. Era como enviar a policías en Teherán información sobre un cadáver en los alrededores de Denver.

Cuando se reunieron en línea, rieron al imaginar el shock y la consternación en la *estación de polis* que habían elegido, y las dificultades de esta al tratar de comunicarse con la estación cercana al lugar donde fue localizada la víctima.

Luego, los *Muchachos de Jack* se desvanecían en Internet y regresaban a su oculta vida personal.

A pesar de que esas fotografías eran borradas del *Lugar especial de Jack* tras haber sido compartidas con los otros, y de que desaparecían pronto entre los vapores de Internet, los *Muchachos de Jack* ya las habían grabado con fuego en su imaginación. Pero ninguno era ingenuo: sabían que nada desaparecía del mundo electrónico para siempre o por completo. Y aunque esto les resultaba excitante —casi embriagante, ya que todos acogían el peligro—, saberlo se sumó a su repentina ansiedad cuando vieron el siguiente mensaje del intruso:

Socgoal02 escribió:

O sea, ¿ustedes qué son, muchachos? ¿Un montón de vejestorios desgastados que quieren verse súper inteligentes? ¿Que fingen ser verdaderos asesinos? ¿Una especie de club de tipos raros que se calientan con enfermas fantasías de asesinato? Montón de pervertidos.

Alpha leyó la burla y en cuestión de segundos sus dedos empezaron a volar sobre el teclado. Estaba en lo que él llamaba oficina, un sitio que alguna vez fue un sórdido y mohoso sótano, pero que modificó de acuerdo con sus singulares necesidades. Ahí había colocado las cuatro distintas pantallas de computadora que ahora tenía enfrente. Nunca había ejecutado en el *Lugar especial de Jack* el algoritmo rastreador instalado varios años antes. No le parecía necesario. Una especie de *honor de ladrón* le había impedido usarlo con Bravo, Charlie, Delta o Easy. Imaginaba que, de todas maneras, ellos habían tomado las medidas informáticas necesarias para contrarrestarlo, que hacían rebotar sus mensajes a través de varios servidores en todo el mundo. En el caso de este intruso, supo que la situación sería distinta. Por un segundo se maldijo a sí mismo por no haber hecho más pruebas de actualización para el algoritmo.

Sabía que debía mantener a *Socgoaloz* en línea y conectado durante algunos minutos. Lo suficiente para que el rastreador, si acaso funcionaba, hiciera su trabajo.

Alpha tecleó:

Esta es una sala privada de chat. Al entrar en ella estás violando nuestra privacidad, varias leyes estadounidenses y tratados internacionales. Debes disculparte ahora mismo y salir de inmediato.

Alpha tenía claro que, si acaso había alguna, eran muy pocas las leyes que regían la presencia de *Socgoaloz* sin importar lo irritante que esta fuera en Estados Unidos, Gran Bretaña, Europa Occidental o Latinoamérica. También sabía que al exigir una disculpa podría instar al intruso a responder de otra manera.

Los otros, que también permanecieron en el sitio, notaron esto.

Y los cuatro supieron enseguida que Alpha necesitaba que el intruso continuara ahí suficiente tiempo para lo que fuera que planeaba hacer.

Bravo escribió:

Mira, muchacho, estás cometiendo un tremendo error. ¡Lárgate ahora!

Sabía que la mejor manera de lograr que alguien continuara haciendo algo estúpido era diciéndole que dejara de hacerlo.

Delta lo comprendió también.

Escribió:

No sabes en qué tipo de problema te estás metiendo.

Socgoal02 contestó:

¡Ah! Veo que en realidad son un club de damitas. ¿Acaso las incomodé, señoras? ¿Saben? Tal vez crean que son muy buenos en lo que hacen, pero yo sería mejor asesino que todos ustedes cualquier día de la semana. Puñado de novatos.

Easy añadió al instante:

Muchacho, sueñas como si tuvieras doce años y este es un sitio para adultos.

No hubo respuesta inmediata de parte de *Socgoal02*.

Charlie lo intentó:

Mira, quienquiera que seas, no querrás meterte con nosotros.

Entonces, *Socgoal02* contestó:

¿Ah, sí? Pues ya lo hice. Los veo luego, club de losers.

Y entonces vieron:

Socgoal02 ha dejado la conversación.

Todos dejaron de teclear. Los embargaba la rabia y toda una variedad de emociones y pensamientos.

Alpha tuvo que imponerse para organizarlos.

Cuando desarrolló el *Lugar especial de Jack* también implantó varios planes de contingencia en caso de que surgiera algún tipo de dificultad. Con el paso de los años, sin embargo, bajó la guardia porque sintió que todo lo que había hecho iba más allá de lo necesario para protegerse a sí mismo y a los demás.

Alpha escribió:

Gracias a todos. Se quedó el tiempo suficiente. Creo que lo tengo.

Dejó que esta afirmación ardiera en Internet.

Delta formuló la pregunta que todos tenían en mente:

¿Policía?

Alpha respondió:

No. Justo lo que parecía ser. Un estúpido adolescente estadounidense con demasiado tiempo libre. De la Costa Este. Nueva Inglaterra. Noten esto: Socgoal02. Si estuviera en Europa su nombre de usuario habría sido Footgoal02, ¿no?

Easy respondió enseguida:

Estás en lo correcto. Buena observación.

Ponderaron sus sentimientos. Cada uno controló su ira. En unos cuantos segundos ya se habían tranquilizado. El ritmo cardíaco de todos volvió a la normalidad.

Bravo tecleó:

¿Pero cómo sucedió? No había pasado nunca.

Alpha reflexionó por un instante. Luego escribió:

No estoy seguro. Pero créeme que lo voy a averiguar.

Easy añadió:

Tal vez sea un estúpido adolescente, pero nos encontró.

Delta escribió:

Quizá por accidente.

Bravo respondió:

Nunca habíamos tenido este tipo de accidente.

Alpha consideró todo. Su imaginación estaba agitada. Respiró hondo y tecleó:

Necesitamos ser cautelosos. Y creativos. Creo que debemos implementar el Plan Manson de contingencia.

Los *Muchachos de Jack* hicieron una pausa. Luego actuaron con agilidad y resolución. Cerraron la sesión del *Lugar especial de Jack* sin hacer ningún otro comentario.